

# Nacidos de lo Alto, Formados por la Cruz, Viviendo como Uno

(cf. Juan 3,7-15; Hechos 4,32-37)



## Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

La gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo estén con ustedes. Existe una tensión en todo corazón humano. Anhelamos la renovación, pero a menudo resistimos la gracia misma que puede transformarnos. Pedimos una vida nueva, pero nos aferramos a hábitos, temores y apegos que nos impiden convertirnos en las personas que Dios nos llama a ser. En medio de esta tensión, Jesús habla con claridad y urgencia: «**Tienen que nacer de nuevo**» (Jn 3,7). Estas palabras no son simplemente una invitación; expresan una necesidad. Sin este nuevo nacimiento en el Espíritu, no podemos entrar plenamente en la vida que Dios desea para nosotros.

Nicodemo se acerca a Jesús durante la noche (cf. Jn 3,2). Es sincero, busca la verdad y está abierto a ella, pero todavía no se ha entregado completamente. Su oscuridad no es solamente la de la noche; es la oscuridad de la incertidumbre, de la vacilación y de una fe aún incompleta.

En muchos sentidos, Nicodemo nos representa a todos. Permanecemos en la noche cuando la fe se convierte en rutina en lugar de relación; cuando buscamos a Dios sin entregarnos plenamente a Él; cuando mantenemos áreas de nuestra vida cerradas a su gracia transformadora. Podemos profesar nuestra fe en Cristo y, sin embargo, resistir la conversión que Él desea realizar en nosotros.

Jesús habla entonces del Espíritu Santo: «**El viento sopla donde quiere; oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va**» (Jn 3,8). El Espíritu de Dios nunca se conforma con dejarnos donde estamos. Nos llama más allá de la complacencia. Desafía nuestros apegos. Nos invita a confiar más allá de lo que podemos controlar.

Y, sin embargo, ¡cuántas veces le resistimos! Elegimos lo cómodo antes que lo verdadero. Nos aferramos a nuestros propios planes en lugar de confiar en la providencia de Dios. Buscamos una fe que se adapte a nuestras preferencias en lugar de una fe que transforme nuestro corazón. Pero el Señor nunca deja de llamarnos hacia adelante. Jesús dirige nuestra mirada hacia el misterio central de nuestra salvación: «**Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del Hombre**» (Jn 3,14).

La Cruz está en el corazón de la vida cristiana. Ella revela no solamente sufrimiento, sino amor: un amor derramado por completo para la salvación del mundo. En la Cruz, Cristo no se reserva nada. Se entrega totalmente. Hablamos con frecuencia del amor, pero vacilamos ante el sacrificio. Deseamos la resurrección, pero nos resistimos a morir a nosotros mismos. Anhelamos la santidad, pero evitamos la entrega que la santidad exige.

Sin embargo, el Evangelio nos enseña una verdad profunda: **Lo que no se entrega no puede ser transformado. Lo que no se ofrece a Dios no puede ser elevado por su gracia.**

La fe no es simplemente admirar la Cruz; es participar en el misterio de la Cruz. Creer en Cristo significa confiarle completamente nuestra vida, convencidos de que todo lo que ponemos en sus manos será redimido y renovado.

El fruto de esta entrega se manifiesta en la vida de la Iglesia primitiva. Los Hechos de los Apóstoles nos dicen: «**La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma**» (Hch 4,32). Esta unidad no era fruto de la conveniencia ni de simples acuerdos humanos. Era obra del Espíritu Santo actuando en corazones transformados por Cristo. Porque pertenecían completamente al Señor, se pertenecían también plenamente unos a otros.

Y así, la Escritura afirma: «**No había entre ellos ningún necesitado**» (Hch 4,34). ¡Qué testimonio tan extraordinario! Los primeros cristianos comprendieron que el discipulado no podía quedarse en algo privado. Su amor por Cristo se hacía visible en el amor al prójimo. Su fe se expresaba mediante la generosidad, la compasión y las obras concretas de caridad.

Entre ellos sobresale Bernabé, quien vendió un campo y puso el dinero a los pies de los Apóstoles (cf. Hch 4,36-37). No calculó el costo. No retrasó la obediencia. Confió en Dios y dio con generosidad. Bernabé nos muestra cómo es una vida formada por el Espíritu Santo. Su ejemplo nos invita también a examinar nuestro propio corazón.

¿A qué seguimos aferrándonos? ¿Qué nos impide confiar plenamente en Dios? ¿Qué nos detiene para entregarnos más generosamente al Señor y a nuestros hermanos?

El Evangelio nos plantea una pregunta que cada uno debe responder: «**Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón**» (Mt 6,21). ¿Dónde está nuestro tesoro? ¿En la seguridad del mundo o en el Reino de Dios? ¿En la comodidad o en el discipulado? ¿En nosotros mismos o en Cristo?

La invitación del Señor sigue resonando: «**El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y me siga**» (Lc 9,23). Cada día, no de vez en cuando. Cada día, en nuestros hogares, en nuestro trabajo, en nuestra parroquia, en nuestras relaciones y en nuestro servicio a los demás. Cada día, mediante actos de perdón, generosidad, humildad y amor sacrificado. Por eso, queridos hermanos y hermanas, no permanezcamos en la noche.

Entremos en la luz de Cristo. Permitamos que el Espíritu Santo realice en nosotros lo que no podemos lograr por nuestras propias fuerzas. Presentemos al Señor nuestros apegos, nuestros temores, nuestras heridas y nuestras resistencias, confiando en que su gracia es más grande que nuestra debilidad.

Si lo hacemos, nos convertiremos en lo que la Iglesia está llamada a ser: un pueblo renacido por el Espíritu, formado por la Cruz, unido en la caridad y resplandeciente con la vida de Cristo Resucitado. Y entonces el mundo no solamente escuchará que Cristo vive; encontrará su presencia viva en nosotros.

Que la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, nos acompañe en este camino de conversión. Que ella nos enseñe a decir “sí” a la gracia de Dios con confianza y generosidad. Y que el Espíritu Santo renueve nuestros corazones, nuestras familias y nuestra parroquia, para que lleguemos a ser verdaderamente un solo corazón y una sola alma en Cristo.

Con mis oraciones y bendiciones,

**Padre Vilaire Philius**

Párroco